



El Bolshói: 250 años del arte ruso mirado desde la escena

Posted on Marzo 28, 2026

(Moscú) En el corazón de la capital rusa, donde las avenidas arrastran siglos de historia, se levanta el Teatro Bolshói como una afirmación rotunda de permanencia al cumplir hoy sus 250 años de fundado.

Dos siglos y medio no son solo una cifra: son una acumulación de voces, cuerpos en movimiento, tragedias políticas y triunfos culturales que han convertido a esta institución en algo más que un escenario. El Bolshói no se visita; se interpreta.

Fundado en 1776, en tiempos en que el Imperio ruso buscaba definirse culturalmente frente a Europa, el teatro nació como una ambición: demostrar que Rusia podía no solo importar arte, sino producirlo con identidad propia.

Desde entonces, cada una de sus reconstrucciones -porque el Bolshói ha ardido, se ha derrumbado y ha vuelto a levantarse- parece repetir la misma idea: la cultura, aquí, no se rinde.

La edificación actual, con su imponente pórtico neoclásico y la cuadriga de Apolo coronando la fachada, es ya en sí mismo una declaración estética. Pero es dentro donde ocurre lo esencial. En su sala principal, ese rojo profundo y oro ceremonial no son mero ornamento: son parte del ritual. El espectador no entra a ver una obra; entra en una tradición.

A lo largo de sus 250 años, el Bolshói ha sido testigo, y protagonista, de la historia rusa.

Bajo los zares, fue símbolo de refinamiento imperial; durante la Revolución, sobrevivió como espacio de cultura en medio del cambio radical; en la era soviética, se convirtió en vitrina ideológica. En cada etapa, el teatro no solo mostró espectáculos: reflejó el estado del país.

Allí se consolidaron algunas de las obras más emblemáticas del repertorio universal, y no solo en sus tablones se interpretó a Piotr Ilich Chaikovski; lo convirtieron en parte de su ADN.

“El lago de los cisnes”, “La bella durmiente”, “El cascanueces” dejaron de ser ballets para transformarse en símbolos culturales. Cada generación de bailarines ha dialogado con esas piezas, reinterpretándolas sin traicionar su esencia.

En ese escenario también se forjaron figuras que trascendieron la danza para convertirse en mitos. Entre ellas, Maya Plisetskaya, cuyo nombre aún resuena como sinónimo de ruptura. Su presencia constituyó una sacudida a las formas establecidas, una manera de demostrar que incluso en las instituciones más sólidas puede habitar la rebeldía.

Hoy, en pleno siglo XXI, el Bolshói vive otra transformación. Restaurado, tecnológicamente actualizado, abierto a nuevas audiencias, convive con un mundo donde el arte ya no pertenece exclusivamente a las élites. Sin embargo, algo permanece intacto: la sensación de que, al levantarse el telón, se activa una memoria colectiva.

El turista que entra por primera vez observa la belleza; el espectador habitual reconoce los matices; el historiador percibe las capas del tiempo. Este sitio no es solo un teatro: es una narración continua donde el gigante euroasiático se ha contado a sí mismo, una y otra vez, a través del arte.

En un mundo que cambia con vértigo, el Teatro Bolshói insiste en algo esencial: hay historias que solo pueden comprenderse cuando se bailan, cuando se cantan, cuando se representan. Y Rusia, desde hace dos siglos y medio, ha elegido ese escenario para decir quién es.

El Maipo/PL